

UNA NUEVA OBRA DE GORKY

MEMORIAS SOBRE TOLSTOY

GORKY conoció íntimamente al gran maestro. Fué con frecuencia su huésped en Yasnaya Poliana, que, durante los últimos veinte o treinta años de la vida de Tolstoy, fué una especie de Meca espiritual, adonde acudían sabios, escritores, músicos, artistas de todos los rincones del mundo. Gorky pasó también alguna temporada al lado de Tolstoy en Crimea.

Hay en el libro de Gorky («Mis memorias sobre Tolstoy») rasgos conmovedores, observaciones muy finas. Está impregnado de una gran sinceridad, a veces brutal. No suaviza las cosas, no cubre de un velo poético las pequeñas flaquezas del gran hombre. Nos le muestra *au naturel*, como un ser humano, sujeto a todas las pequeñeces de la vida. «He tratado mucho a Tolstoy—dice—, hemos charlado durante horas y horas; le he visitado con frecuencia en Crimea; él también venía muchas veces a verme. Con cuidado y cariño he leído sus libros—y me parece que tengo derecho para decir de él lo que pienso, aunque lo que diga sea demasiado audaz y se halle en contradicción con el concepto que se tiene en general de Tolstoy».

«NO HAY—afirma Gorky—un hombre más digno de ser calificado de genio, más complicado, más contradictorio y tan hermoso en todo—¡sí, en todo!—como lo era Tolstoy. Era bello en un sentido particular, muy lato, intraductible al lenguaje humano. Había en él algo que me inspiraba el deseo de gritar al mundo entero: «¡Mirad qué hombre más admirable vive sobre la tierra!».

«Mientras él vivió sobre la tierra, yo me sentí más seguro, más tranquilo. Ahora, cuando él ya no está, me siento huérfano, y al escribir estas memorias lloro con frecuencia amargamente, como no he llorado nunca».

«No sé si le amaba. Además, ¿qué importancia tiene el amor o el odio en lo que concierne a este gigante? De todos modos, inspiraba a la gente emociones indecibles, fantásticas...»

TOLSTOY, dice Gorky, tenía unas manos admirables. A pesar de no ser



LEON TOLSTOY

según REPINÉ

bellas—ni mucho menos—parecían en extremo expresivas, llenas de fuerza creadora. Unas manos así, debía de tener Leonardo da Vinci. «Con manos semejantes se puede hacer todo...»

A veces, le producía a Gorky la impresión de un dios, pero no de Sabaoth o de un dios del Olimpo, sino de un sencillito dios ruso, sin pretensiones, modesto, un poco astuto, acaso más inteligente que todos los demás dioses.

Las relaciones de Tolstoy con Dios eran vagas. A pesar de ser reputado como un gran admirador de Cristo, hablaba de Él sin entusiasmo, sin una chispa de fuego interior. «Me parecía—dice Gorky—que lo tenía por ingenuo y digno de misericordia: a veces le admiraba, pero no le quería».

Una vez dijo que si Cristo hubiera venido a una aldea rusa, las muchachas se hubieran reído de Él...

A TOLSTOY le gustaba afirmar que él era un *mujik*.

—Soy más *mujik* que todos vosotros—, le dijo una vez a Gorky.

Los campesinos, su vida, sus creencias y costumbres, constituían siempre

el tema preferido de las conversaciones de Tolstoy.

Le gustaba también plantear cuestiones difíciles, perturbadoras, jugar con su cerebro, como le gusta a un titán distender sus músculos. Con frecuencia entablaba conversaciones sobre el problema sexual. Una vez le dijo a Gorky:

—En cuanto a las mujeres, diré lo que pienso de ellas sólo cuando esté ya con un pie en la sepultura. Yo diré, saltaré al ataúd y me apresuraré a cerrarlo para librarme de la venganza femenina.

Sin embargo, hablaba con mucho gusto, y con gran frecuencia, de las mujeres, y siempre en un tono un poco brutal, cínico, como suelen hacerlo los simples campesinos.

Un día—cuenta Gorky—, paseándonos él, Chejov y yo por el parque de Yasnaya Poliana, le preguntó a Chejov:

—¿Usted se ha divertido mucho con las mujeres?

El otro balbuceó algo vago.

—En cuanto a mí—dijo Tolstoy—, yo fuí incansable.

Y pronunció, en un tono muy natural, una palabra extremadamente brutal, cínica.

A PESAR de la admiración y afección que le rodeaban, no parecía un hombre feliz.

—El califa Abderrahman—díjole un día a Gorky—gozó catorce días de felicidad durante su vida; yo no los he gozado.

Es verdad—dice Gorky—el gran maestro estaba siempre poseído de un nihilismo hondo, desesperado. Parecía no creer en nada y le atormentaba la soledad más trágica. Los hombres como Tolstoy están siempre solos.

Al observarle—concluye Gorky—recordaba a los vagabundos, que, con un bastón a la mano, recorren millares de kilómetros horriblemente solos, ajenos a todo y a todos. Hasta en las vísperas de la muerte se sentía solo, y huyó, con su bastón de vagabundo, de su casa, en busca de un ideal vago que le fascinó durante toda la vida.

N. TASIN

(España, Madrid, Mayo 15, 1920).